

El viaje se estaba convirtiendo en un suplicio. Ni la antología de Manolo Escobar había podido paliar los estragos a los que nos sometía un viaje que parecía no tener fin. La Mari, mi hermana mayor, era la tercera vez que se quejaba de que le dolía el culo. Lo hacía siempre que el viaje duraba tantas horas. Yolanda, la pequeña, siempre más discreta, apoyaba, con aire de derrota, la cabeza en el cristal de la ventanilla aprisionada por nosotros dos, la segunda y el niño, el último retoño de cuatro hermanos.

Habíamos emprendido viaje desde Sevilla rumbo al último destino de mi padre, montador electricista de una empresa sevillana. Esta había accedido a un contrato millonario para instalar el cableado eléctrico de la primera nuclear en suelo catalán.

Si en algún momento albergamos alguna ilusión por nuestro destino, este había desaparecido engullido por el malestar físico provocado por el montón de curvas de los últimos 50 km que nos separaban todavía de nuestra meta. Solo hacia un momento que Silverio, mi padre, había parado precipitadamente en aquella solitaria cuneta, en un intento desesperado de salvar la maltratada tapicería de nuestro 127. Aunque el frenazo hubiera contribuido más a dar potencia que a minimizar la expulsión en escopeta de mi último contenido gástrico, dejándome ese sabor metálico que solo compensaba la salivación constante y tan pálida como la sabanita que, a modo de consuelo habitual, protegía entre sus manos el más pequeño de nosotros. Así permanecí el resto del viaje, inmóvil, incrustada en el abrazo inconsciente y fraternal, en un intento por evitar el más mínimo parpadeo que pudiera soliviantar la marejada de mis intestinos. Entonces, apareció, a lo lejos, la figura rectangular con el nombre del lugar que sería nuestro nuevo hogar en los próximos 5 ó 6 años.

¿Flix? ¿Cómo un lugar en el que se pudiera vivir podía llamarse así? No pude evitar la simple asociación de visiones de insectos fulminados por un nombre cuya única referencia era un eficiente antimosquitos. ¿Cómo iba o íbamos a adaptarnos a vivir en un sitio con un nombre como ese? El día tampoco ayudaba mucho. Llovía. Llovía mucho. El gris del cielo se fundía con los grises de la mayoría de las casas sin encalar. Qué extraño, era como si el pueblo estuviera por acabar. Como si la inclemencia del día les hubiera obligado a dejar la tarea de enyesar y pintar a medias. Pronto descubrí que encalar las casas no era ni objetivo ni gusto de los nuevos lugareños y que este hecho, como tantos otros, solo constituiría un pequeño detalle de los descubrimientos del nuevo planeta al que acababa de llegar.

El verano de mis 12 años estaba a punto de acabar y un ánimo revuelto, presagio del tsunami hormonal que había de venir, despuntaba en el horizonte de una nueva etapa de la familia Caballero.

Bona tarda, fue el saludo cortés que le dedicó a mi padre aquel señor de aspecto desmañado, que por sus ropas y por la herramienta de labranza que llevaba en su mano derecha, venía o iba al cuidado de algún huerto cercano. ¿Bona tarda? Nadie nos había dicho a dónde íbamos o quizás sí, de pasada, no a nosotros directamente pero sí a la concurrencia de febriles amigos de mis padres entre los cuales andábamos nosotros, sus hijos, los invisibles. Invisibles para todo lo que no fuera el cubrimiento de necesidades básicas: salud, vestirse, comer y protegernos de las amenazas remotas que poblaban sus sueños, pero absolutamente torpes para compartir el nacimiento de los nuestros. Invisibles a los ojos de unos adultos excitados por los nuevos acontecimientos. Y mudarse lo era. Aunque el significado fuera diferente para todos.

Por una parte estaban ellos, los adultos, sobre los que recaían las responsabilidades de la logística: preparación del terreno, empadronamientos, recogida y empaquetado de bártulos, inscripciones a colegios y un sinfín de tareas que mantenía su mente en las antípodas de nuestro pensamiento infantil, todavía poblado de ensoñaciones frescas, inocentes e ingenuas, ubicadas en un único espacio temporal llamado presente. Para algunos pudiera parecer que un traslado (motivo tipificado en los manuales de psiquiatría como la segunda causa de estrés solo posterior al duelo de un familiar de primer grado) convertiría a la familia en una especie de olla a presión a punto de explotar. Pero nada más lejos de la realidad para nosotros, nómadas por naturaleza, ya que tales circunstancias no eran más que un viraje normal dentro del trayecto del vivir. Si no ¿de qué esa mansedumbre nuestra ante un quinto traslado?

Al menos aquí habrá niños, pensé yo, con los que poder jugar al teje, al elástico o a los recortables. Libia había sido un reto para todos. Un reto al que no solo habíamos sobrevivido, sino del que además me había llevado imágenes que difícilmente podría borrar ya de mi retina. Poco importó que no hubiera niños o que nos perdiéramos meses de clase esperando un maestro que no acabó nunca de llegar. El aislamiento en aquella casa fantástica en las faldas del desierto oyendo el Gibli, las tormentas de arena, con su turbador ulular; la tortuga gigante que tuvimos por mascota; la visión nítida de un templo romano sumergido en unas aguas tan cristalinas que su disfrute se permitía desde el acantilado; o la intimidad con mis hermanos. Únicos niños de una comunidad de griegos, Italianos, egipcios, padres que, quizás con más sentido común, habían renunciado a llevar a sus familias a un lugar inhóspito incluso para los propios nativos. La aventura me compensó con creces.

Intenté rescatar en mi memoria el momento en que, antes de salir, alguien me explicara, nos explicara algo sobre nuestro destino, que hiciera referencia a cosas tales como si era un pueblo o una ciudad, si viviríamos en piso o casa, el clima, cómo se divertían, cómo sería nuestro colegio. No sabía nada, ni tan siquiera que no hablábamos el mismo idioma. De pronto, el mecanismo de mi caleidoscópica mente giró 180 grados, apareciendo un crisol de imágenes nuevas relacionadas con el hallazgo extraordinario de un mundo de palabras para describir las nuevas experiencias que acontecerían a la heroína en la que estaba destinada a convertirme.

Un cofre ple de combinacions de vocals i consonants per vestir el meu ànim, les noves experiències que viuria. Un cofre que encara estava per esdevenir, si seria la troballa d'un tresor o d'un malson. Aviat vaig descobrir que aquesta mena d'eina o de vehicle per accedir als altres es convertiria també en un instrument de martiri.

Encara recordo aquell grupet de nens molt més grans que jo. Aquest només va ser un de tants episodis que ara puc recordar. Eren repetidors. Els dolentots de l'escola. Quasi homes si no fos per la incertesa del bigoti o per més d'un gra amagat sota un serrell intencionadament pentinat per protegir-los de mirades que poguessin interpretar les erupcions cutànies pròpies de l'edat com a signes de una feblesa ja oblidada. I que, apostats a les escales de sortida al patí del col·legi, ens esperaven amb una fingida indiferència per a fer-nos repetir fins l'avorriment la mateixa paraula: Seresa, seresa, seresa...

I només perquè unes hores abans a la classe de història s'havia produït un dels incidents que marcaria la nostra presència de nouvingudes. D'éssers exòtics amb els quals conviure, personetes que parlàvem graciós, que fèiem riure. I això era una veta que calia explotar a fons. El senyor Miquel, el mestre, m'havia fet llegir un text en castellà on la paraula "cereza" sortia. I, després de la meua lectura amb el seseo que caracteritzava el nostre parlar, va esclatar a l'aula una sonora riallada que encara recordo avui. No va ser pas traumàtic, només un record agredolç de cirera. No pel fet, sinó pels meus 13 anys i aquella mena de cosa enganxifosa anomenada vulnerabilitat que sentia, que semblava que tot el que m'envoltava m'assenyalava amb un dit acusador.

Edu va ser el meu primer amic, potser alguna cosa més per mi, somniadora com era. Immigrant com jo. Vivia en la casa del costat. No sé quan va aparèixer en la nostra vida. En un any només ens van tornar inseparables. Tenia dos germanes molts més grans que baixaven de Barcelona els caps de setmana. Eren hippies, en aquella època tot el jovent ho era. Què es podia ser als anys 80? No recordo haver-hi parlat mai però això no va ser impediment perquè avui tingui un sentiment de deute amb elles.

Era una tarda nit d'estiu i, com altres tardes, havíem anat a casa de l'Edu a jugar amb els gossos que el seu pare, caçador els caps de setmana, mantenia lligats sota l'escala que pujava a la porta d'entrada a la casa.

La música i una fumarada espessa sortia d'una de les habitacions de la casa, la de les germanes de l'Edu. Era una música fúnebre, solemne, estremidora i la veu que cosia les paraules en aquest llençol tremolava d'una emoció que em va hipnotitzar deixant-me la desolació de les preguntes sense resposta, però convençuda que alguna cosa estava començant a canviar dins meu, que aquelles paraules, com maons invisibles, construïen, amb una joia ensordidora, sense saber-ho, noves estructures en la meva ment, provocant-me noves emocions encara per entendre. Em vaig quedar allí amagada, furtiva amb la ansietat que finalitzés el que començava a intuir que era el senyal que havia entrat ja en una altra etapa de la meva vida. Amb la consciència transcendent que té l'inevitable. Ja no tornaria a ser la mateixa nena que va sortir de Sevilla quasi dos anys abans.

Encara em puc veure trucant, amb tímidesa, la porta d'aquella habitació contenidora de l'artífex de la meva metamorfosi. Una noia morena de cabells llargs em va obrir, es disposava a abaixar el volum del vinil que girava sense descans i, mentre en mirava amb la complicitat d'una bruixa bona, em va allargar la tapa del disc de *Campanades a morts*. Començava a sonar *Laura* i una llàgrima silenciosa va lliscar per la meva galta.